

Las grandes hadas

Colección Días de Diario · 60

Consejo editorial

Víctor Álvarez Antuña
Adolfo Fernández Pérez †
Florencio Frieria Suárez
Adolfo García Martínez
Álvaro Ruiz de la Peña Solar

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

CRISTOBO DE MILIO CARRÍN

Las grandes hadas

La religión mestiza de los
campesinos europeos

KRK EDICIONES • 2024

© José Cristóbal García Pérez
© de esta edición, Krk Ediciones
www.krkediciones.com
Álvarez Lorenzana, 27. Oviedo
ISBN: 978-84-8367-827-5
D.L.: AS-1378-2024
Grafinsa. Oviedo

Índice

LAS GRANDES HADAS

La religión mestiza de los campesinos europeos

Agradecimientos 13

INTRODUCCIÓN

Cuando la prehistoria te da en las narices. . . 17

PRIMERA PARTE

El reducto irlandés

1	El tren y la vaca	47
2	Curas y druidas	65
3	Los dioses tozudos	99
4	La segunda batalla de Mag Tuired	109
5	El disimulo y los mitos gremiales.	126
6	¿Cristianización o blasfemia?	137
7	Calderos.	150
8	La señora del río.	168
9	La pervivencia y el cambio	177

10	La confusión del profano	185
11	¿Quién desmitifica al desmitificador?	196
12	El tesoro del campesino	210

SEGUNDA PARTE

La reina

13	Mil años después	221
14	Las Morrígan, el trío de las hechiceras	228
15	Propaganda feudal	238
16	Viejas, caballos y salamandras	260
17	Moros y cristianos	279
18	Lupa y la última mora	295
19	Las tres reinas	302
20	Los celtoescépticos meridionales	327
21	Epopeyas y cafelitos	338

TERCERA PARTE

La señora del invierno

22	Brigit de Cill Dara	373
23	El llanto de la Candelaria	385
24	El largo viaje a Cáceres	396
25	Santa Águeda	411
26	Las señoras de febrero	421
27	Chamorro y Augas Santas	428

28	La hilandera forzada	441
29	Las fugitivas	456
30	La bruja de la tormenta	478
31	Lavanderas y dudas	498
32	Que llueva, que llueva	532
33	La panadera	547
34	Hadas y niños	572
35	La bruja de las crepes	592
36	Rothníam	621
37	Afinando la vista	633

CONCLUSIÓN

Aquí y ahora

38	Los malos de la película	657
39	La senda del perdedor	674
	CARTOGRAFÍA	681
	GLOSARIO	689
	BIBLIOGRAFÍA	717
	ÍNDICE ONOMÁSTICO	749

Las grandes hadas

La religión mestiza de los campesinos europeos

Agradecimientos

Valiente iluso sería si creyese que el mérito de este libro es todo mío. Se me da bien comparar, rebuscar en Internet y encontrar patrones comunes en las creencias de diferentes países, pero de nada servirían todas las comparaciones del mundo si alguien, antes, no me hubiese dado materia prima; si alguien no hubiese trabajado duro para escuchar, anotar y publicar las leyendas desperdigadas en la memoria de los setenta y ocho concejos asturianos.

Los que dedicamos tiempo y esfuerzo a esto del folklore solemos estar deseosos de compartir lo que vamos descubriendo porque son cosas demasiado interesantes para callárselas. Se trata de puro amor al conocimiento: bien sabemos que nadie se va a hacer rico hablando de *xanas*. De esta manera, uno termina en deuda con muchas personas.

Gracias, antes que a nadie, a Alberto Álvarez Peña, que por sí sólo ha cambiado lo que creíamos sa-

ber sobre mitología asturiana. Durante cuarenta años Alberto ha hecho solo el trabajo de un ejército, recorriendo los caminos, entrevistando, anotando y por si fuera poco, divulgando después lo anotado en multitud de libros y artículos. Es una universidad de un solo hombre, y siempre ha estado encantado de compartir conmigo toda la información de sus archivos. Este libro hubiese sido imposible sin su ayuda.

Le debo mucho también a Ramón Sordo Sotres, el experto del oriente que amablemente me permitió acceder a las transcripciones de los informantes que entrevistó, a finales del siglo pasado, sobre la Mora de picu Castiellu, quizá el caso más asombroso de pervivencia pagana en nuestro país.

Tiene todo mi agradecimiento y admiración Nicolás Bartolomé Pérez, activista y erudito, miembro de la Academia de la Llingua Asturiana, divulgador del patrimonio inmaterial al norte y al sur de los puertos; cuántas veces me ha orientado en la dirección correcta y cuántas pistas he encontrado en sus artículos sobre los paralelos de la mitología asturiana y leonesa con otros países del Arco Atlántico.

Estoy en deuda con Miguel Ángel González, el pionero que conectó los monumento prehistóricos

del Bierzo, Asturias y Galicia con las leyendas locales y con los fenómenos astronómicos. Apenas estoy ahora empezando a vislumbrar el inmenso caudal de información, oculto en la tradición oral, que él lleva investigando desde hace años. Y nunca olvidaré el día que fuimos juntos a por el tesoro de picu Castiellu, solo para que la mora nos mandase a casa cargados de carbones.

Gracias a Marcial Tenreiro, a Pedro R. Moya Maleno y a Alfonso Sánchez, dos académicos y uno cerca de serlo, que no desdeñan la tradición oral como fuente de información válida sobre las creencias precristianas; que revisaron mi manuscrito, que me transmitieron unas cuantas sugerencias extremadamente útiles y que además me caen muy bien. A Fernando Álvarez Balbuena, por los fantásticos datos de campo que me cedió desinteresadamente. A Xandru González Fernández, por aquella tarde cazando leyendas a orillas del Nalón y a Ignacio Abella, que me envió una muestra de un libro inédito en el que encontré una pieza más para mi puzle.

Quisiera dar las gracias a mucha gente cuyo nombre no conozco: a los hombres y mujeres que llevan décadas creando y perfeccionando esa mente colecti-

va llamada Internet, y también a los que desinteresadamente han escaneado y compartido una inmensa cantidad de documentos y libros en webs como <Archive.org>, en el Proyecto Gutenberg o en bases de datos como CELT, de la Universidad de Cork. Incluso Google Books me ha ayudado muchas veces a atisbar fragmentos de libros a los que, de otra manera, no hubiera tenido acceso. Aquí en Asturias, Jesús Suárez y el Muséu del Pueblu d'Asturies han reunido un inmenso caudal de información cuidadosamente registrada y documentada y la han ofrecido libremente, en forma de archivos PDF, a todo el que quiera consultarla.

A mi mujer, Magdalena, debería dedicarle una sección de agradecimientos propia, pero eso ella ya lo sabe, igual que lo saben mis compañeros de la Fundación Belenos, por todo el trabajo que llevan haciendo desde hace años y por darme la oportunidad de contar y de publicar lo que voy discurrendo sobre los mitos del país.

Me olvido, estoy seguro, de mucha gente a la que debo mucho; si vuestro nombre no está aquí no lo achaquéis a maldad sino a la decadencia de mi viejo encéfalo.

INTRODUCCIÓN

Cuando la prehistoria te da en las narices

A veces lo comento por ahí y la gente pone cara de haber oído: «estoy casado con una coliflor y está embarazada de trillizos». Y sin embargo es cierto: me apasiona la mitología asturiana. Me encanta porque no hay mapas, porque nos tienta como una tierra inexplorada. Las coordenadas para trazar esos mapas están por todas partes: en el capitel de una iglesia, en la etimología de una palabra, en un conjuro contra la picadura de las serpientes. La cultura tradicional se manifiesta de todas esas maneras y de otras todavía, y cada nuevo dato te impulsa por una senda jalonda de otras pistas, hasta entonces inadvertidas, que de pronto cobran sentido. Es como descubrir un país nuevo al lado de casa, como encontrarse un tesoro en el jardín.

Nos afanamos, los pocos fanáticos que nos dedicamos a esto, en rebuscar paralelos y conexiones entre leyendas y rituales. Los precedentes antiguos nos lle-

van a través de los siglos y las semejanzas con países lejanos, a través de los continentes. De la expulsión de los *sapos* y *sacaberes*, en la asturiana Cruz de Mayo, saltamos hasta la procesión de las rogativas inglesas, cuando la gente de la parroquia mataba colectivamente al «dragón». Ambas tradiciones conectan con las cacerías de serpientes en Serbia, el día de san Jeremías... Y adentrándote por el camino acabas en el festival hitita de Puruli, en la Anatolia del II milenio a. C. y en la lucha contra el dragón Illuyanka. Llevo muchos años dedicando mis ratos libres a estos asuntos pero sigo maravillándome.

Después de tanto tiempo, siguen dándome vértigo la permanencia y la cercanía. Me pasma que sigamos repitiendo fragmentos de las historias que los jinetes indoeuropeos se contaban junto a la hoguera del campamento, en las estepas del mar Negro, hace cinco mil años. Me encanta que las mascaradas de invierno, en L.lena o en San Xuan de Villapañada, sean casi idénticas a las de la Tracia turca, Croacia o Cerdeña; que todas provengan de las *Kalendis ianuariis* romanas y que incorporen elementos a la vez más antiguos y más recientes, prehistóricos y medievales, brujería pagana y beatería cristiana.

Hay en todo esto una ilusión de control: la ilusión de que, rastreando obsesivamente coincidencias y diferencias, pervivencias milenarias y fracturas bruscas, llegaré a desvelar el enigma de mi país. Corro tras la quimera de que sabré quiénes somos y cómo hemos llegado aquí por el hecho de que Deva, la diosa del río, sea la misma en Xixón, en el Burdeos del siglo IV y en la Irlanda antigua, o que la Mora de la Matanza del suroccidente asturiano posiblemente provenga de un espíritu del territorio, una diosa céltica de la soberanía.

A veces pienso que lo mío sobrepasa la curiosidad y roza lo patológico. Es un síndrome del siglo XXI, el mal de los que vivimos acunados por una tecnología que no comprendemos, aplastados bajo una montaña de noticias, propaganda y publicidad sin poder distinguir cuál es cuál; la enfermedad de los que ansiamos unas migajas de certeza, tan perdidos entre teorías contradictorias que apenas estamos seguros ya de que la lechuga no engorde.

No obstante, también está el hecho de que esta quimera es un placer de por sí. Resolver puzles y jugar a los detectives es divertidísimo y descubrir diosas de la soberanía, jinetes celestes blandiendo el rayo y

rituales chamánicos, apenas enterrados bajo la superficie de este país nuestro tan prosaico, es más divertido todavía. Y es en verdad prosaico: si algo NO es la mitología asturiana, es pretenciosa. No imaginéis un aedo tañendo la lira mientras invoca a «Zeus el que sostiene la égida». Pensad, más bien, en una señora con el mandil de cocinar, apoyada en el marco de la puerta, los brazos cruzados, haciendo memoria sobre el miedo que le metía su abuela, siendo pequeña, con la misteriosa «madre del río». En esos relatos, fragmentarios y escuetos como son, aparece a veces el esqueleto de algo muy antiguo. Vislumbramos en ellos un mundo que a la vez era más vasto y más angosto que el nuestro, un mundo lleno de misterio, de maravillas y de terror.

Soy celtófilo, me va el rollo celta. Aunque no niego la influencia de otras culturas en la tradición asturiana, ni la cristianización de los últimos mil quinientos años, lo que a mí me gusta es «lo otro». Cuando descubro una conexión entre Asturias y la Irlanda pagana me entusiasmo; cuando las pistas me llevan hasta alguna devoción medieval me siento decepcionado. Muchos dudarán de mi criterio a partir de ahora, pero no voy a mentir. No me atrae una cul-

tura moldeada desde arriba, proclamada a voces por sínodos y reales academias, sino la que atravesó los milenios susurrada por viejas que hilaban lino a la luz del fuego.

Afinaré la definición. Desde los *keltoi* de Hecateo y Heródoto, hace veinticinco siglos, hasta el «horóscopo celta» que te venden en las herboristerías; desde los asépticos arqueólogos hasta los neopaganos apasionados, el término significa demasiadas cosas distintas para demasiadas personas diferentes. A los fines de este libro, y siguiendo las premisas que ya han fijado otros autores antes que yo:¹

1. *Lenguas celtas*

Es la acepción más concreta, la mejor establecida. Las celtas son una familia de lenguas dentro del tronco indoeuropeo, perfectamente definidas y reconocibles por los expertos. Hace dos mil años se hablaban desde Huelva hasta Anatolia: celtibérico, galo, lepóntico, gálata... Para cuando cayó el Imperio romano, solo se mantenían en las islas británicas. Hoy

¹ Para una magnífica exposición del problema, y un repaso más pormenorizado de las distintas definiciones, véase Moya 2020: 30-33.

perduran, con vitalidad menguante, en Irlanda, Escocia, Gales y Bretaña.

Cuando me refiera a la «literatura celta» deberá entenderse como «literatura en lenguas celtas»; en particular, las literaturas irlandesa y galesa de época medieval. También emplearé «celta» como sinónimo de «irlandés», de la misma manera que a veces, para evitar repeticiones, se usa «romance» en vez de «castellano».

2. *Los celtas*

Bordeamos terreno resbaladizo: arqueólogos e historiadores llevan décadas discutiendo quiénes y qué eran los celtas. Este, no obstante, no es un libro de arqueología de manera que, para lo que yo pretendo, podemos ir tirando con una definición rudimentaria, matizable y con algunas excepciones. Digamos que los antiguos celtas:²

—Vivían en Europa (en realidad había tribus celtas en Asia Menor, pero no viene al caso).

—Hablaban lenguas celtas.

² Ojo al adjetivo «antiguos». Considero que una chica galesa que en 2023 hable la lengua del país sigue siendo tan celta como Vercingetorix.

—No utilizaban la escritura (hay algunas inscripciones celtibéricas y galas, pero nada comparable a la literatura grecorromana).

—No desarrollaron Estados.

—La mayoría fueron sometidos por los romanos entre los siglos II a. C. y I d. C.

3. *Lo céltico*

Ahora, definitivamente, nos adentramos en el peligro. Lo céltico ha sido matizado, rebajado, atacado y negado durante décadas por numerosos autores.

Considero que lo céltico es la herencia indígena del extremo occidental de Europa, una herencia que, por simplificar, identificamos con los antiguos celtas pero que podría llamarse igualmente «lo atlántico». Es todo aquello que nos distingue de la abrumadora civilización basada en la escritura y el Estado que, desde el Mediterráneo, terminó imponiéndose en este continente.

Esta herencia milenaria no se desvaneció sino que, adaptándose al cristianismo, evolucionando a lo largo de la Edad Media, siguió viva hasta nuestros días. Tal es la hipótesis que espero demostrar a lo largo del libro.